

Berent Jan Lans: los álbumes de un navegante

Tatiana Lans

Unos meses antes de morir mi abuelo, Berent Jan Lans, ya presentía su fin. Me pidió que hiciera un inventario de todas las cosas que había acumulado durante su larga vida de 95 años. Fue una tarea difícil, porque me hizo pensar en su muerte cuando él estaba aún vivo, pero también fue algo que me acercó más a él. Siendo un hombre relativamente austero, no encontré nada entre sus pertenencias que no conociera, salvo una gran colección de tarjetas postales que había reunido antes de llegar a México, en 1930. Las encontré atadas en montoncitos con cordones, entre viejos discos y papeles. Cuando le pregunté sobre esas imágenes, me contó que en los años veinte no era fácil hacerse de una cámara, y que por eso había optado por comprar postales de los lugares que había visitado. Supongo que intuía que a nadie más de la familia podrían interesarle esos *souvenirs*, y me los regaló.

Realmente no fue sino hasta después de su muerte y la de mi abuela, diez meses más tarde, que desarrollé los paquetitos de postales y abrí los más de veinte álbumes de fotos para reconstruir y recuperar la historia de mis antepasados. Las imágenes en esos álbumes y postales muestran que ellos tuvieron la posibilidad de viajar y conocer muchos lugares, pero lo que más me sorprendió fue enterarme de que mi abuelo no fue sólo un hombre de negocios sino también un apasionado de la fotografía. Sus fotos, tanto las que hizo como las que recolectó, revelan una mirada refinada.

Por tradición, los hombres de la familia Lans siempre tuvieron algo que ver con el mar. Como el padre de mi abuelo fue oficial de la marina de guerra del Kaiser, vivieron, a principios de siglo, en varios puertos de Alemania, hasta que, cuando llegó a obtener el grado de almirante, ya no se dedicó a navegar y terminaron viviendo en Berlín. De muy joven, su sueño fue ingresar en la marina, como lo habían hecho su padre y su tío, pero no lo logró, puesto que en 1918,

cuando Alemania perdió la guerra, desapareció la marina imperial. Al verse frustrada su ambición de ser oficial de marina, salió de la Alemania derrotada. Como la familia Lans es de origen holandés, mi abuelo tuvo la oportunidad de inmigrar a ese país para trabajar en una compañía de barcos llamada la Royal Dutch Lloyd. Allí estuvo casi dos años, durante los cuales viajó por el Mediterráneo e hizo varios viajes transatlánticos. En 1921 le ofrecieron un puesto en la sucursal de Argentina. Mi abuelo sabía alemán, inglés, francés, holandés, griego y latín, por lo que no se le dificultó aprender rápidamente el español. Trabajó con esta compañía hasta 1923, año en que cerraron la oficina de Buenos Aires.

Al regresar a Alemania, se dio cuenta de que con los seis mil pesos argentinos en plata que había ahorrado, era un joven con amplios fondos para gastar en su país, que entonces sufría una inflación galopante. Al cabo de unos meses, le ofrecieron un trabajo en la fábrica de discos Odeón en la misma Buenos Aires. Necesitaban a alguien joven que tuviera la formación y energía para emprender un largo viaje de negocios, en el cual se promovería la casa disquera y se nombrarían sus representantes en varios países de Sudamérica. En esa época, Odeón promovía al gran talento del tango, Carlos Gardel.

Varias veces nos contó de ese largo viaje de casi un año que comenzó en Barranquilla, Colombia. Una de las cosas que le pareció increíble fue que en ese entonces no hubiera comunicación terrestre entre la costa y la capital de Bogotá, razón por la cual había tenido que subir el río Magdalena en diversos barcos fluviales, como los que se usaban en el Mississippi. Lo que más recordaba de ese trayecto, que duró cuatro meses, era que durante la noche amarraban el barco a un árbol de la jungla para evitar que se encallara en algún banco de arena. Fue una gran aventura ver los cocodrilos, changos y aves exóticas que aparecieron a lo largo de su trayecto. En algunos tramos tenían que tomar el tren para eludir los rápidos.

Contaba también, que para poder transportar el muestrario de discos, dos fonógrafos con sus enormes bocinas, una máquina de escribir y su ropa, tuvo que mandar construir tres cajas de caoba lo suficientemente resistentes como para

que ese material, tan frágil, no se dañara; las cajas llegaron a convertirse en un gran problema, ya que eran tan pesadas que nadie las podía cargar. En algunos tramos, mientras él viajaba en aviones monomotores de doble ala hasta su destino, las cajas habían tenido que ser transportadas en mula. Estos aparatos de aluminio corrugado integraban la primera línea de aviación en el área, fundada por cuatro pilotos alemanes, veteranos de la Primera Guerra Mundial y compañeros del Barón Rojo, el legendario aviador.

De Colombia viajó a Ecuador y de ahí a Perú. No recuerdo ninguna historia que nos haya contado sobre esa parte del viaje, del que sólo recordaba el trayecto en tren hacia Arequipa y un viaje en barco por el lago Titicaca. Sin embargo, entre las imágenes que me regaló se encuentra una extensa colección de fotopostales tomadas por un destacado fotógrafo peruano de la época, Miguel Mancilla. [...]

Fragmento del texto publicado en *Luna Córnea 15. Trayectos*
México, Centro de la Imagen/Conaculta, 1998.